LA VIDA ¿TE QUEMA?

Nadie piensa que le pueda llegar a pasar… Cuando eres niño, hay muchas cosas que no dependen de ti, y creces asumiendo de forma inconsciente que otros son los que deciden, pensando que creen que saben lo que necesitas. Y los años pasan y cada vez vas teniendo más capacidad de decisión en las distintas facetas de tu vida, de hecho crees que decides lo que quieres. Tienes la ilusión de acabar trabajando en lo que tú deseas y para lo que te estás preparando y esforzando… Y llega el día en el que te dan la última nota, realmente no eres consciente de la dimensión que toma el momento.

Quieres dar el paso e inicias tu andadura por la "verdadera vida": en la que tú crees que ya lo decides todo.

La ilusión, mezclada con la inseguridad con la que empiezas, es el verdadero comienzo.

Nadie te enseñó el grado de responsabilidad que asumes cuando entra el primer paciente en la consulta. Se supone que eres profesional formado para asegurar la salud y el bienestar de nuestros pacientes, pero lo que primero en realidad se presenta ante ti es la desconfianza. La desconfianza del cliente ante una nueva cara, y la tuya propia: la falta de experiencia y el miedo a equivocarte hace que infravalores tu verdadero potencial y le des la razón, constantemente sometido al sentimiento de culpa por aquel caso que no ha ido bien y no digamos si el caso ha ido mal o las consecuencias han sido fatales. Miedo a no estar a la altura de tu jefe y de tu cliente, de tu paciente. Un triángulo que debería ser equilátero no deja de ser isósceles e incluso escaleno. Lo que está claro es que tu vértice siempre es el más alejado del equilibrio.

Y así, pasan los años, creciendo en confianza y seguridad desde la soledad de uno mismo, esforzándote en aprender y en superarte, quitándole horas a tu vida para dárselas a tu profesión, pero sin aparente necesidad de parar por un instante y valorar tu verdadera situación. "Eres veterinario, siempre has querido serlo! No hay nada más gratificante que acabar haciendo lo que has deseado siempre y por lo que tanto has trabajado en los últimos años, vivimos en la cultura del esfuerzo y si no estoy al pie del cañón esto se hunde"... Sigues pensando que la decisión es tuya, que la batuta la llevas tú… Y la vida sigue…

Pero llega ese momento, en el que parece que nada te compensa. Por un instante, dejas de amar tu profesión.
Te llega cuando realmente tu experiencia y el trato con el cliente roza la exquisitez, cuando es a ti a quien buscan para solucionarlo todo, cuando conoces a todos tus pacientes y eres capaz de finalizar cualquier caso con éxito… deberías estar en la cresta de la ola y en realidad es la ola la que te está dando el mayor revolcón de tu vida.

Te das cuenta del exceso de responsabilidad autoimpuesta, de la empatía con cada caso del que has asumido y arrastrado una parte a tu interior, de que igual no eres tú el que realmente decide en tus decisiones vitales. Es ahí cuando tomas conciencia y consciencia de que ni todo el oro del mundo compensa el tiempo que no te has dejado vivir, es cuando la gota colma el vaso. Y en ese momento o te reinventas o revientas. Nunca es tarde si la dicha es buena dicen. Por eso, cuando piensas que la salud mental no va contigo, es el momento de empezar a ser honesto con uno mismo. No vas a dejar de ser un buen profesional si trabajas para vivir y no vives para trabajar, si canalizas tu profesión para que se convierta en otra parte y no en el centro de tu vida.
Aprende a que cada uno tiene que responsabilizarse de su parte y que cuidarte y quererte a ti mismo es la primera piedra. Consigue la equidistancia entre los vértices de tu triángulo personal y cómete el Mundo.
Algunos le llaman "burn out", yo prefiero llamarle Vida.